

Manuscrito K.<sup>79</sup> Las neurosis de defensa  
(Un cuento de Navidad)

Existen cuatro tipos y muchas formas. Sólo puedo establecer una comparación entre histeria, neurosis obsesiva y una forma de la paranoia. Tienen diversas cosas en común. Son aberraciones patológicas de estados afectivos psíquicos normales: del *conflicto* (histeria), del *reproche*<sup>80</sup> (neurosis obsesiva), de la *mortificación* (paranoia), del *duelo* (*amentía* alucinatoria aguda). Se distinguen de estos afectos por no llevar a tramitación alguna, sino al daño permanente del yo. Sobrevienen con las mismas ocasiones que sus afectos-modelo, toda vez que la ocasión cumpla además dos condiciones: que sea de índole sexual y suceda en el período anterior a la madurez sexual (condiciones de la *sexualidad* y del *infantilismo*). Sobre condiciones referentes a la persona no he llegado a saber nada nuevo; en general, diría que la herencia es una condición adicional que facilita y acrecienta el afecto patológico; es, por tanto, aquella condición que posibilita sobre todo las gradaciones de lo normal hasta lo extremo. No creo que la herencia comande la elección de la neurosis de defensa.

Existe una tendencia defensiva normal, o sea, la repugnancia a guiar la energía psíquica de suerte que genere dis-

<sup>79</sup> [Anexo a la Carta 39, del 1º de enero de 1896 (cf. *infra*, pág. 437), a la que hemos aludido en la «Nota» inmediatamente anterior; fue escrito, sin duda, unos días antes que esa carta: de ahí su subtítulo. En algunas de sus partes, es un antecesor bastante inmediato del segundo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1896b), que Freud envió para su publicación poco más de un mes después de esta fecha, el 5 de febrero. — En esta época, Freud comenzaba a abordar el problema de la etiología diferencial de las neurosis (la «elección de neurosis», como lo denominó), problema que quedaría irresuelto por muchos años. A él están dedicados en gran medida el presente manuscrito y las Cartas 46 y 52, así como los siguientes trabajos contemporáneos: «La herencia y la etiología de las neurosis» (1896a), «Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa» (1896b) y «La etiología de la histeria» (1896c). Hago una detallada reseña de los sucesivos intentos de Freud para resolverlo en mi «Nota introductoria» a «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913i), *AE*, 12, págs. 331 y sigs. La explicación definitiva debió aguardar a que se investigaran los estadios de desarrollo de la libido y los conceptos de fijación y de regresión. Estas últimas ideas fueron explicitadas en la 21ª y la 22ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17).]

<sup>80</sup> [En el original dice siempre «*Vorwurf*»; esta es la palabra que Freud usó corrientemente, tanto en esta correspondencia como en sus escritos publicados; sólo de modo muy ocasional, y sin ningún cambio de sentido en apariencia, escribió «*Selbstvorwurf*» («autorreproche») (p. ej., *infra*, pág. 274).]

placer. Esta tendencia, que se entrama con las constelaciones más fundamentales del mecanismo psíquico (ley de la constancia), no puede ser vuelta contra percepciones, pues estas saben conquistarse atención (atestiguada por conciencia); sólo cuenta contra recuerdo y representaciones de pensar. Es inocua toda vez que se trate de representaciones que en su tiempo estuvieron enlazadas con displacer, pero son incapaces de cobrar un displacer actual (diverso del recordado); y en este caso, por otra parte, puede ser superada por un interés psíquico.

En cambio, la inclinación de defensa se vuelve nociva cuando se dirige contra representaciones que pueden desprender un displacer nuevo también siendo recuerdos,<sup>81</sup> como es el caso de las representaciones sexuales. Es que aquí se realiza la única posibilidad de que, con efecto retardado (*nachträglich*), un recuerdo produzca un desprendimiento más intenso que a su turno la vivencia correspondiente.<sup>82</sup> Para ello sólo hace falta una cosa: que entre la vivencia y su repetición en el recuerdo se interpole la pubertad, que tanto acrecienta el efecto del despertar (de aquella). El mecanismo psíquico no parece preparado para esta excepción, y por eso, si se ha de quedar exento de las neurosis de defensa, es condición que antes de la pubertad no se produzca ninguna irritación sexual importante, aunque es cierto que el efecto de esta tiene que ser acrecentado hasta una magnitud patológica por una predisposición hereditaria.

(En este punto se ramifica un problema colateral. ¿A qué se debe que bajo condiciones análogas se genere perversidad o, simplemente, inmoralidad en lugar de neurosis?)<sup>83</sup>

Debemos sumirnos hasta lo profundo del enigma psicológico si pretendemos inquirir de dónde proviene el displacer que una estimulación sexual prematura está destinada a desprender, y sin el cual no se explicaría una represión (esfuerzo de desalojo). La respuesta más inmediata invocará que vergüenza y moralidad son las fuerzas represoras, y que la vecindad natural de los órganos sexuales infaltablemente despertará también asco a raíz de la vivencia sexual.<sup>84</sup> Donde no existe vergüenza alguna (como en el individuo

<sup>81</sup> [«*Erinner[un]gen*» en el original; en *AdA*, pág. 157, se puso «*Energie*» («energía»)].

<sup>82</sup> [Véase el comentario contenido en una nota mía al pie de un pasaje similar del «Proyecto», pág. 403, n. 21.]

<sup>83</sup> [En este lugar parece mencionarse por vez primera el vínculo entre perversión y neurosis. Cf. pág. 279.]

<sup>84</sup> [Véase el historial clínico de «Dora» (1905e), *AE*, 7, pág. 29, donde se brindan más referencias.]

FOTOCOPIADORA

C.E.P.S.I.

PSICOPATO

Folio 288

SF  
DF

MANUSCRITO K

masculino), donde no se gesta ninguna moral (como en las clases inferiores del pueblo), donde el asco es embotado por las condiciones de vida (como en el campo), no hay ninguna represión, y ninguna neurosis será la consecuencia de la estimulación sexual infantil. Me temo, sin embargo, que esta explicación no saldría airosa de un examen más profundo. No creo que el desprendimiento de displacer a raíz de vivencias sexuales subsiga a la injerencia casual de ciertos factores de displacer. La experiencia cotidiana enseña que con un nivel de libido suficientemente alto, no se siente asco y la moral es superada, y yo creo que la génesis de vergüenza se enlaza con la vivencia sexual mediante un nexo más profundo. Mi opinión es que dentro de la vida sexual tiene que existir una fuente independiente de desprendimiento de displacer; presente ella, puede dar vida a las percepciones de asco, prestar fuerza a la moral, etc. Me atengo al modelo de la neurosis de angustia del adulto, donde, de igual modo, una cantidad proveniente de la vida sexual causa una perturbación dentro de lo psíquico, cantidad que en otro caso habría hallado diverso empleo dentro del proceso sexual. Mientras no exista una teoría correcta del proceso sexual, permanecerá irresuelta la pregunta por la génesis del displacer eficaz en la represión. [Cf. pág. 313, n. 213.]

La trayectoria de la enfermedad en las neurosis de represión es en general siempre la misma: 1) La vivencia sexual (o la serie de ellas) prematura, traumática, que ha de reprimirse. 2) Su represión a raíz de una ocasión posterior que despierta su recuerdo, y así lleva a la formación de un síntoma primario. 3) Un estadio de defensa lograda, que se asemeja a la salud salvo en la existencia del síntoma primario. 4) El estadio en que las representaciones reprimidas retornan, y en la lucha entre estas y el yo forman síntomas nuevos, los de la enfermedad propiamente dicha; o sea, un estadio de nivelación, de avasallamiento o de curación deforme.<sup>85</sup>

<sup>85</sup> [Es esta la primera enunciación de lo que podría denominarse «fórmula canónica» del desarrollo de una neurosis. Se la repite, de manera menos esquemática, en el segundo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1896b), *AE*, 3, págs. 169-70, pero está implícita en todos los escritos de Freud en que abordó el problema de las neurosis, aun en los más tardíos. Por ejemplo, en «La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis» (1924e), *AE*, 19, pág. 194, se insiste en que la etapa 4, la del retorno de lo reprimido, constituye la enfermedad propiamente dicha; la posibilidad de un «avasallamiento» del yo —mencionada *infra*, págs. 264 y 267-8, así como

Las diferencias principales entre las diversas neurosis se muestran en el modo en que las representaciones reprimidas retornan; otras se muestran en el modo de la formación de síntoma y del decurso. El carácter específico de las diversas neurosis reside, empero, en cómo es llevada a cabo la represión.

El proceso más trasparente es para mí el de la neurosis obsesiva, porque he tomado mejor noticia de él.

### *Neurosis obsesiva*

Aquí la vivencia primaria estuvo dotada de placer; fue activa (en el varoncito) o pasiva (en la niña), sin injerencia de dolor ni asco, lo cual en la niña presupone una edad mayor (hacia los ocho años). Esta vivencia, recordada después, da ocasión al desprendimiento de displacer; al comienzo se genera un reproche que es conciente. Y aun parece que en ese momento el complejo psíquico íntegro —recuerdo y reproche— fuera conciente. Luego, ambos —sin que se agregue nada nuevo— son reprimidos y a cambio se forma en la conciencia un *síntoma contrario*, algún matiz de *escrupulosidad de la conciencia moral*.

La represión puede sobrevenir por el hecho de que el recuerdo placentero, en sí mismo, desprenda displacer en la reproducción de años posteriores, lo cual se debería explicar con una teoría de la sexualidad. Pero también puede ocurrir de otro modo. En *todos* mis casos de neurosis obsesiva se descubrió a una edad muy temprana, años antes de la vivencia de placer, una vivencia *puramente pasiva*; y es difícil que ello sea casual.<sup>86</sup> Uno puede pensar, en efecto, que la

también en el primer trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1894a), *AE*, 3, pág. 56, y en *Estudios sobre la histeria* (1895d), *AE*, 2, págs. 270-1— fue considerada ulteriormente en *El yo y el ello* (1923b), *AE*, 19, págs. 57-8, y en *Moisés y la religión monoteísta* (1939a), *AE*, 23, pág. 75; y en cuanto a la consecuente malformación o alteración del yo (mencionada *infra*, pág. 267, y en el segundo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1896b), *AE*, 3, pág. 184), es destacada de manera especial en «Análisis terminable e interminable» (1937c), *AE*, 23, págs. 237 y sigs. Freud insistió hasta el final, asimismo, en que los síntomas tienen el carácter de una solución de compromiso —como lo sugiere aquí y lo explicita mejor en varios lugares posteriores de este manuscrito (v. gr., en págs. 264 y 267)—; véase, por ejemplo, *Moisés y la religión monoteísta* (1939a), *AE*, 23, pág. 73.]

<sup>86</sup> [Esto es subrayado en el segundo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1896b), donde brindo en una nota algunas referencias ulteriores (*AE*, 3, pág. 169). Freud abandonó poco después la dis-

posterior conjugación de esta vivencia pasiva con la vivencia placentera es lo que agrega el displacer al recuerdo de placer y posibilita la represión. Entonces, sería condición clínica de la neurosis obsesiva que la vivencia pasiva cayera en época tan temprana que fuera incapaz de estorbar la génesis espontánea de la vivencia de placer. La fórmula sería, pues:

*Displacer - Placer - Represión.*

Lo decisivo son las constelaciones temporales recíprocas entre ambas vivencias, y entre ellas y el punto temporal de la madurez sexual.

En el estadio del retorno de lo reprimido<sup>87</sup> se verifica que el *reproche* retorna inalterado, pero rara vez de suerte de atraer sobre sí la atención; vale decir, durante cierto lapso aparece como una conciencia de culpa pura carente de contenido. Las más de las veces entra en conexión con un contenido que está doblemente desfigurado [dislocado], en el orden del tiempo y en el del contenido; lo primero por referirse a una acción presente o futura, lo segundo por no significar un suceso real y efectivo, sino un subrogado siguiendo la categoría de lo análogo, una sustitución. La representación es, por consiguiente, el producto de un compromiso, correcto en lo tocante a afecto y categoría, falso por desplazamiento (descentramiento) temporal y sustitución analógica.

El afecto-reproche puede, por diversos estados psíquicos, mudarse en otros afectos que luego entran en la conciencia con más nitidez que él mismo; así, en *angustia* (ante las consecuencias de la acción-reproche), *hipocondría* (miedo a sus consecuencias corporales), *delirio de persecución* (miedo a sus consecuencias sociales), *vergüenza* (miedo al saber de los otros sobre la acción-reproche), etc.

El yo conciente se contrapone a la representación obsesiva como a algo ajeno: según parece, le deniega creencia con ayuda de la representación contraria, formada largo tiempo antes, de la escrupulosidad de la conciencia moral. En este estadio, empero, se puede llegar a veces al avasallamiento del yo por la representación obsesiva —p. ej., si episódicamente se interpola una melancolía del yo—. En los demás

tinción entre una etiología pasiva de la histeria y una etiología activa de la neurosis obsesiva, que aquí sostenía; cf. *infra*, Carta 46, págs. 270 y sigs.]

<sup>87</sup> [Primera oportunidad en que se registra esta expresión, que aparecería publicada en el segundo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1896b), *AE*, 3, pág. 170.]

casos, el estadio de la enfermedad es ocupado por la lucha defensiva del yo contra la representación obsesiva, lucha que crea incluso síntomas nuevos, los de la *defensa secundaria*. Como cualquier otra representación, la obsesiva (*Zwang*) es combatida en el orden lógico, aunque su compulsión (*Zwang*) no se puede solucionar; acrecentamiento de la escrupulosidad de la conciencia moral, compulsión de examinar y de guardar, son los síntomas secundarios. Otros síntomas secundarios se generan cuando la compulsión se trasfiere sobre impulsos motores contra la representación obsesiva, por ejemplo sobre el cavilar, el beber (dipsomanía), algún ceremonial protector, etc. (*folie du doute*). Así se llega aquí a la formación de tres clases de síntomas:

a. El síntoma primario de la defensa: *escrupulosidad de la conciencia moral*.

b. Los síntomas de compromiso de la enfermedad: *representaciones obsesivas o afectos obsesivos*.

c. Los síntomas secundarios de la defensa: *obsesión caviladora, obsesión de guardar, dipsomanía, obsesión ceremonial*.

Aquellos casos en que no deviene susceptible de conciencia el contenido mnémico por sustitución, sino el afecto de reproche por mudanza, impresionan como si en ellos se hubiera producido un desplazamiento a lo largo de una cadena de razonamiento. Me hago un reproche por causa de un suceso —temo que otros estén al tanto—, por eso me avergüenzo ante otros. Toda vez que el primer miembro de esta cadena está reprimido, la obsesión se arroja sobre el segundo o el tercero y da por resultado dos formas de delirio de ser notado, que, no obstante, pertenecen en verdad a la neurosis obsesiva. El desenlace de la lucha defensiva —si es que hay tal desenlace— acontece mediante una manía general de duda o mediante la plasmación de una existencia extravagante con innumerables síntomas de la defensa secundaria.

Una cuestión todavía abierta es averiguar si las representaciones reprimidas retornan en sí y por sí, sin el auxilio de una fuerza psíquica actual, o bien han menester de esa ayuda para cada oleada de retorno. Mis experiencias apuntan a la segunda alternativa. Parece que son estados de libido actual insatisfecha los que aplican su fuerza de displacer para despertar el reproche reprimido. Acontecido este despertar, y generado un síntoma por la injerencia de lo reprimido sobre

el yo, la masa de representaciones<sup>88</sup> reprimidas sigue trabajando de manera autónoma, pero en las oscilaciones de su espesor cuantitativo permanece siempre dependiente del monto de la tensión libidinosa en cada caso; una tensión sexual que no tiene tiempo para devenir displacer porque es satisfecha permanece inocua. Los neuróticos obsesivos son personas que están en peligro de que toda la tensión sexual cotidianamente producida se les mude en reproche o en los síntomas que son sus consecuencias, aunque en el presente no presten nuevo reconocimiento a aquel reproche primario.

La curación de la neurosis obsesiva se obtiene deshaciendo las sustituciones y las mudanzas de afecto halladas, hasta que el reproche primario y su vivencia queden despejados y puedan serles presentados al yo a fin de que los aprecie de nuevo. Para ello es preciso reelaborar (*durcharbeiten*) paso a paso un número increíble de representaciones intermedias o de compromiso, que fugazmente devienen representaciones obsesivas. Uno cobra así el más vivo convencimiento de que para el yo es imposible aplicar a lo reprimido aquella parte de la energía psíquica con la cual está enlazado el pensar conciente. Las representaciones reprimidas, es preciso creerlo, subsisten y entran desinhibidamente en las más correctas conexiones de pensamiento; pero el recuerdo en sí es despertado también por meras asonancias. La conjetura de que la «moral» como poder represor era sólo un pretexto se corrobora por la experiencia de que en el trabajo terapéutico la resistencia se vale de todos los motivos de defensa posibles.

### Paranoia<sup>89</sup>

Todavía ignoro las condiciones clínicas y relaciones temporales de placer y displacer en la vivencia primaria. Lo discernido es el hecho de la represión, el síntoma primario, el estadio de la enfermedad como condicionado por el regreso de las representaciones reprimidas.

La vivencia primaria parece ser de naturaleza semejante a la de la neurosis obsesiva; la represión acontece luego que este recuerdo, no se sabe cómo, ha desprendido displacer. Pero no se forma ningún reproche luego reprimido, sino que el displacer que se genera es atribuido al prójimo se-

<sup>88</sup> [*«Vorstellungsmasse»* en el original; en *AdA*, pág. 162, se omite *«Vorstellung»*.]

<sup>89</sup> [Cf. el Manuscrito H, pág. 246.]

gún el esquema psíquico de la proyección. *Desconfianza* (susceptibilidad hacia otros) es el síntoma primario formado. Así se deniega creencia a un eventual reproche.

Uno vislumbra ahora formas diferentes según que sólo el afecto haya sido reprimido (desalojado) por proyección, o lo fuera también el contenido de la vivencia. Según sea el caso, pues, el retorno abarcará meramente al afecto penoso o también al recuerdo. En esta segunda alternativa, la única de que yo tenga noticia exacta, el contenido de la vivencia retorna como un pensamiento en forma de ocurrencia, o como una alucinación visual o sensorial. El afecto reprimido parece retornar siempre en alucinaciones de voces.

Los fragmentos de recuerdo que retornan están desfigurados, pues los sustituyen imágenes análogas de lo actual; por tanto, su desfiguración es simple, por sustitución temporal, no por formación de un subrogado.<sup>90</sup> Las voces devuelven el reproche, por así decir, como un síntoma de compromiso; en primer lugar, desfigurado en su texto hasta ser irreconocible, y mudado en amenaza; y en segundo término, no referido a la vivencia primaria, sino, justamente, a la desconfianza, vale decir, al síntoma primario.

Puesto que al reproche primario le fue denegada la creencia, él queda disponible sin limitación alguna para los síntomas de compromiso. El yo no los considera algo ajeno, sino que es incitado por ellos a unos intentos de explicación que es lícito definir como *delirio de asimilación*.<sup>91</sup>

Aquí, con el retorno de lo reprimido en forma desfigurada, la defensa fracasa enseguida, y el delirio de asimilación no puede ser interpretado como síntoma de la defensa secundaria, sino como comienzo de una *alteración del yo*, como expresión del avasallamiento.<sup>92</sup> El proceso halla su cierre en una melancolía (pequeñez del yo), que secundariamente presta a las desfiguraciones aquella creencia que se denegó al reproche primario,<sup>93</sup> o bien, de manera más frecuente y seria, en una *formación delirante protectora* (delirio de grandeza), hasta que el yo es remodelado por completo.

El elemento que comanda la paranoia es el mecanismo proyectivo con desautorización de la creencia en el reproche. De ahí los rasgos característicos comunes de la neurosis: el

<sup>90</sup> [Cf. pág. 264.]

<sup>91</sup> [En el segundo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1896b), *AE*, 3 pág. 184, se lo llama «formación delirante combinatoria» o «delirio interpretativo». Cf. *infra*, pág. 285.]

<sup>92</sup> [Cf. *supra*, pág. 262, n. 85.]

<sup>93</sup> [*«Primärvorwurf»* en el original; en *AdA*, pág. 164, «*Primärvorgang»* («proceso primario»)].